

KALLE PIHLAINEN, *LA OBRA DE HISTORIA. CONSTRUCTIVISMO Y POLÍTICA DEL PASADO*, (TRAD. RODRIGO ZAMORANO MUÑOZ), SANTIAGO DE CHILE: PALINODIA, 2019, COL. HISTORIOGRAFÍA POSTMODERNA, 293 PP.

Desde que Hayden White, en las décadas de 1960 y 1970, abordó el problema de la forma de la historia, fijando su atención en los discursos que los historiadores elaboraban para dar a conocer sus investigaciones, es decir, el conocimiento histórico, fue polémico al establecer que este poseía elementos de ficción, lo que lo acercaba a la literatura. Esto, evidentemente, levantó ámpula en el gremio de historiadores, quienes consideraron sus postulados, los debatieron y los desestimaron con el paso del tiempo, según Kalle Pihlainen, por malas interpretaciones a sus reflexiones. Para Pihlainen las ideas de White aún son relevantes y actualmente aportan premisas al debate de la situación de la historia. En el libro que aquí se reseña hace una revisión de los argumentos y problemáticas planteadas por White sobre la práctica de la historia, específicamente de la construcción y la representación del conocimiento (pp. 21 y 41).

La lectura que hace el autor sobre White, a quien identifica dentro del constructivismo narrativo, resalta aspectos sobre el texto de historia, la práctica de esta y sus efectos (p. 23), lo que desarrolla a lo largo de siete capítulos. Se trata de ensayos publicados con anterioridad, pero que aquí configuran una unidad que versa sobre el quehacer de la historia, su manera de construirse narrativa o discursivamente, de pensarse, de representarse y sobre la forma en la que son recibidos los discursos históricos. Estos apartados o secciones están acompañados por un prefacio y un pequeño prólogo escrito por el mismo Hayden White, quien reconoce el esfuerzo de Pihlainen por problematizar y plantear preguntas críticas en torno a la historia, proponer categorías de análisis, desmitificar, aclarar y abundar en las ideas sobre la frontera entre la historia y la literatura, así como abordar aspectos ontológicos, epistemológicos y metodológicos vigentes en la actualidad, que hacen repensar en los objetivos y funciones de la disciplina.

En el primer capítulo, Pihlainen, desde el constructivismo narrativo (que enfoca su esfuerzo en los procesos de construcción de sentido de la historia) y con base en las ideas de White, define a la verdad narrativa como una construcción de la verdad o del conocimiento común, es una creación de verdad, con base en lo ya conocido. Esta verdad es una posibilidad para la historia, pues la disciplina crea sentido al mundo y se hace necesaria a la existencia humana para comprender el devenir. La verdad nunca va a encontrarse afuera en el mundo, por lo que lo más cercano es el quehacer del historiador, pues a través de su narrativa histórica crea una herramienta cogni-

tiva que ayuda a asir o a tratar de explicar la realidad humana. La narrativa del historiador produce una verdad figurada y al mismo tiempo una comprensión metafórica, lo que la hace una práctica peculiar y hasta cierto punto equilibrada. Trata de mantener su objetividad con el método utilizado, pero inevitablemente hay un posicionamiento estético, ético y político por parte de su creador. De esta manera, en su discurso aparece la experiencia como verdad, como una interpretación del mundo, una presencia del pasado histórico.

En el capítulo dos el autor ahonda más sobre el constructivismo narrativo. Parte de nueva cuenta del argumento que sostiene: el relato de historia representa lo real, pero no es la realidad pasada y, para separarse de la ficción literaria, usa procedimientos y métodos definidos para así obtener un carácter científico. Aun así, Pihlainen apunta que los resultados de la investigación se narran con base en decisiones subjetivas y elementos estéticos. El autor rescata la idea de White cuando apunta que el historiador elabora un relato que se acerca a la verdad, no es la verdad, pero tampoco es falso, pues se basa en los materiales del pasado que sí son reales. Al utilizar material pretérito el historiador formula los hechos a través de la escritura, y aunque hay subjetividad e ideología señalada por el constructivismo narrativo, existe una vinculación con la realidad que es valorada por la sociedad, la cual se convence de su apego a los hechos y lo acepta para tener una experiencia de relación con el pasado, pues hay un “anhelo experiencial (fenomenológico)” de este (p. 85). El capítulo resalta que el relato de la historia, al elaborarse el sentido en el presente, debe enfocar su labor al compromiso social, con una postura crítica, por lo que White pone atención en las formas parahistóricas, que reúnen pensamiento histórico y experiencia y observan la influencia en las personas (p. 97). Así, Pihlainen sugiere una escritura de historia equilibrada, es decir, que debe ser entretenida, comprometida, narrativa, interpretativa, seria y científica.

En el siguiente capítulo, Pihlainen habla sobre la historia oposicional, aquella que incluye las experiencias y las motivaciones políticas en las formas de representación, con base en una función social. El autor señala que debemos crear formas más efecti-

vas y cercanas al presente, más significativas y potentes (pp. 127-128) para no desviarse a lo individual, personal o emocional que alejan el carácter social y la ideología política; así, la historia debe pugnar por hacer un discurso político, lo que se hace desde la elección del tema a abordar. Con ello, Pihlainen clasifica a la microhistoria dentro del constructivismo narrativo, pues esta tiene una postura política y le da cabida a los individuos y grupos marginados; lo mismo señala de la historia feminista, que se construye en el presente bajo una postura política y de resistencia. De esta manera, el autor coincide con Nancy Partner al especificar que el relato de historia debe resonar en el presente y ser “experiencialmente ‘verdadera’” (pp. 142-143), por lo que la historia no debe olvidar su carácter oposicional, ni carecer de su aspecto político y no atender tanto a los intereses institucionales de la historia.

El capítulo cuatro está dirigido a la comunicación del relato histórico y a sus limitaciones. En este, dejando de lado que el constructivismo se concentra en la estética y en la forma como contenido, Pihlainen establece que se ha dado demasiada atención a la historia como representación literaria y se ha relegado la capacidad de la historia para comunicar, por lo que pone énfasis en que el relato histórico se produce para comprender el pasado y el presente, pero se relata para comunicar sus interpretaciones a los lectores. Con este ejercicio se establece un “pacto de lectura” entre la historia y el lector que la recibe como real y verdadera (p. 164), aunque sea una construcción. Dentro de la comunicación histórica hay una intención autorial, es decir, elementos subjetivos que introduce el historiador en el relato (p. 173), pero que toman distancia de la creación literaria por su compromiso del historiador con la realidad, auxiliado de los materiales histórico-referenciales y su acomodo en la narrativa, con el fin de explicar la experiencia imponiendo sentido al mundo. Algo importante de este capítulo es que la comunicación permite que el lector emplee sus propios conocimientos para seguir construyendo sentido, lo que origina en este una actitud crítica ante las intenciones del historiador. Con esto, hay dos niveles de comunicación, el de la historia para difundir relatos coherentes, atractivos, explicativos y evocati-

vos, y el que se entabla con el lector para experimentar el pasado y hacerlo presente.

En el quinto capítulo Pihlainen enfoca su atención de nueva cuenta en el papel del lector del relato de historia. El autor retoma a White para explicar que la estructura narrativa se construye por preferencias morales y estéticas y por la ideología del autor, las cuales se transmiten al lector por la narrativa histórica solamente si el lector está abierto al texto, pero también el lector es un agente activo e involucrado en su proceso de auto creación, para lo cual emplea la historia, por lo que la sociedad se interesa en ella para comprenderse a sí misma. Pihlainen, de nueva cuenta, rescata a White para especificar que la narrativa histórica trata de conocer la condición humana y el presente para crear conciencia cultural; tanto hay un compromiso del historiador por crear relatos dirigidos a la experiencia social como una responsabilidad por parte del lector en tomarlos, reflexionarlos y formar una visión de sí y de la sociedad y del mundo presente y pasado.

En el sexto capítulo el autor esencialmente habla sobre la reforma de la representación de la historia, pues, a pesar de que muchos historiadores ya son más abiertos al empleo de recursos literarios, el contacto con el pasado sigue pareciendo lejano. Pihlainen coloca la posibilidad de la *performance* para la construcción de memoria y comprensión cultural (p. 232), para una renovación, la narrativa tradicional no emociona a la audiencia y es cerrada o condicionada por las referencias materiales y la búsqueda de veracidad, que no es algo negativo, pues ayudan al lector a comprender mejor la realidad construida del pasado, pero sí limitan su comunicación.

White opina que para una reformulación efectiva es necesario tomar como base los medios representacionales contemporáneos, coincidiendo con la *performance*, pues esta toma la realidad inmediata y la presenta de forma artística, de tal manera que hacer un *performance* con el relato de historia significaría emplear el material histórico, traerlo del pasado al presente y presentarlo al lector de manera cercana para demostrar la alteridad y así el lector en su pre-

sente pueda darse cuenta de la posición pretérita y de la propia en el hoy.

En el último capítulo Pihlainen hace una comparación entre narrativas históricas y ficcionales. Revisa el compromiso del relato de historia con la referencia y la veracidad del pasado, pues a pesar de que la historia trata de objetivar el contenido no se elimina la representación o reconstrucción de la experiencia subjetiva. Una diferencia fundamental entre la narrativa histórica y la literaria es que la primera crea sentido a partir de la referencia de la realidad, mientras que la otra significa procesos internos (p. 270). Al establecer estas diferencias, el autor llama la atención de lo que pasa específicamente con la narrativa histórica, pues cuando el historiador se atiene a la evidencia material o documental reduce los medios ficcionales de creación de verdad, comprensión compartida entre el autor y el lector. Así, el relato de historia debe sí tener bases referenciales, pero también apelar a la experiencia para que la significación del historiador se complete con la interacción del mundo del lector.

En estos capítulos, hilvanados por Kalle Pihlainen, vemos una revisión que toma como hilo conductor el debate de la verdad en la historia, definiéndola como una construcción, pero no para señalar aspectos negativos del quehacer histórico, pues a lo largo de los demás capítulos se valora la verdad interpretada y significada por el historiador, se sopesa el uso de las fuentes e introduce el papel del lector de historia, muchas veces relegado. Así, el libro de Pihlainen desempolva las ideas constructivistas y de Hayden White y rescata reflejos de estos postulados que dan luz a la situación de la historia en la actualidad. En los capítulos hay ideas constantes, como el aspecto social de la historia, la renovación de sus formas y representaciones, el posicionamiento ideológico y la significación del historiador y del lector. El libro atinadamente invita a cuestionar nuestro quehacer y objetivos como historiadores.

Marte González Ramírez

Universidad de Guanajuato

ORCID: 0000-0002-9836-8350

marteg30@gmail.com

